

ALGUNAS ESTAMPAS EGABRENSES EN LA OBRA DE JUAN VALERA

las huertas,

la noche de san Juan,

la gastronomía,

las fiestas...

Antonio Roldán García.

En verdad que hablar de la hortelanía egabrense resulta gratificante a la vez que difícil. ¡Son tantos los matices, las aseveraciones, las disyuntivas, los entresijos, los urdámenes y los derroteros que la conversación puede tomar, que se corre el peligro de simplificar tanto, que todo se reduzca al canasto de escarolas o a la cesta de tomates! La huerta de Cabra, además de todo eso, posee un aire espeso de pintura que aún no ha sido captado por pincel alguno, un vaho de humanidad secular que todavía no se pudo plasmar en los volúmenes de historia, una musicalidad quebradiza que las partituras no contemplan, un ritmo y cadencia de flor que nos ahoga en un hondo suspiro y nos deja sin renglones ni bolígrafo para describir su sustancia.

Don Juan Valera, se acercó mucho al centro de la diana con el dardo de la brillantez de su narrativa. No obstante, son muchos los elementos que han cambiado desde el siglo XIX, en las huertas de Cabra.

He aquí una primera aproximación que de ellas realiza nuestro autor:

“... por el cielo tan lleno de estrellas en estas serenas noches de primavera y en esta región de Andalucía; por estos alegres campos cubiertos ahora de verdes sembrados, y por estas frescas y amenas huertas con tan lindas y sombrías alamedas, con tantos mansos arroyos y acequias, con tanto lugar apartado y esquivo, con tanto pájaro que le da música y con tantas flores y yerbas olorosas, esta admiración y entusiasmo mío, repito, que en otro tiempo me parecían avenirse por completo con el sentimiento religioso que llenaba mi alma, excitándole y sublimándole en vez de debilitarle, hoy casi me

parece pecaminosa distracción e imperdonable olvido de lo eterno por lo temporal, de lo increado...”

Pero inmediatamente la dinámica de su narración le forzará a ser más preciso, más exacto; y el pulso de su tinta se verá obligado a concretar, dentro de su obra, la belleza circundante del pueblo que le vio nacer. De seguro que aquel paisaje que aprendió siendo niño, una vez cincuentón (edad con la que comenzó a escribir sus novelas), lo refundió con el momento real de su edad madura...

Luis de Vargas regresa a Cabra después de haber permanecido muchos años en el seminario, es entonces el momento en que descubre mejor las huertas del lugar. Puede que lo mismo le ocurriera a Valera. ¡Tantas veces no sabemos apreciar lo cotidiano, lo habitual, esas pequeñas cosas que al fin y al cabo forman el trasfondo de la vida y el meollo de nuestra existencia! ¡Tantas despreciamos por diario y por cercano lo grande que poseemos, ambicionando otras dimensiones desconocidas! ¡Y cuántas, tenemos que salir fuera de nuestro terruño para valorar sinceramente su belleza, su sosiego y su autenticidad! Hasta que no estamos lejos de nuestros lares queridos, aunque periódicos, no los echamos de menos ni sabemos cuánto los necesitamos. ¡Y con qué frecuencia nos enteramos del mérito de lo que ha permanecido a nuestro lado una vez que ya lo hemos perdido para siempre! Esta sensación la expresa el escritor a través de las emociones y percepciones de su personaje:

“... Lo que ahora comprendo y estimo mejor es el campo de por aquí. Las huertas, sobre todo, son deliciosas. ¡Qué sendas tan lindas hay entre ellas! A un lado, y tal vez a ambos, corre el agua cristalina con grato murmullo. Las orillas de las acequias están cubiertas de hierbas olorosas y de flores de mil clases. En un instante puede uno coger un gran ramo de violetas. Dan sombra a estas sendas pomposos y gigantescos nogales e higueras y otros árboles, y forman los vallados la zarzamora, el rosal, el granado y la madreSelva.

Es portentosa la multitud de pajarillos que alegran estos campos y alamedas. Yo estoy encantado con las huertas, y todas las tardes me paseo por ellas un par de horas. Mi padre quiere llevarme a ver sus olivares, sus

viñas, sus cortijos; pero nada de esto hemos visto aún. No he salido del lugar y de las amenas huertas que lo circundan...”

Hasta aquí, la descripción de las huertas es casi como la que el lector pueda conocer a comienzos del siglo XXI, pero sigamos en esta andadura y veamos cómo eran las del Vado del Moro en los días de Valera:

“... Ayer estuvimos en la huerta de Pepita Jiménez. Es hermoso sitio, de lo más ameno y pintoresco que puede uno imaginarse. El riachuelo que riega casi todas estas huertas, sangrando por mil acequias, pasa al lado de la que visitamos; se forma allí una presa, y cuando se suelta el agua sobrante del riego, cae en un hondo barranco poblado en ambas márgenes de álamos y negros mimbrones, adelfas floridas y otros árboles frondosos. La cascada de agua limpia y transparente, se derrama en el fondo formando espuma, y luego sigue su curso tortuoso por un cauce que la naturaleza misma ha abierto, esmaltando sus orillas de mil hierbas y flores, y cubriéndolas ahora con multitud de violetas. Las laderas que hay en el extremo de la huerta están llenas de nogales, higueras, avellanos, y otros árboles de fruta. Y en la parte llana hay cuadros de hortalizas, de fresas, de tomates, patatas, judías y pimientos, y su poco de jardín, con grande abundancia de flores de las que por aquí comúnmente se crían. Los rosales, sobre todo, abundan y los hay de mil diferentes especies...”

Mas, donde Juan Valera deja abrir su corazón, mostrando todo el amor que sentía por el ambiente hortelano de su microsistema, es en su narración sobre “El día de san Juan”; precisamente en ese paseo de Luis de Vargas por las sendas que rodean y cruzan las huertas:

“... Ya en la calle, huyendo de toda persona conocida y buscando la soledad, se fue al campo y se internó por lo más frondoso y esquivo de las alamedas, huertas y sendas que rodean la población y hacen un paraíso de sus alrededores en un radio de más de media legua...”

... corría que no andaba, don Luis por aquellas sendas, saltando arroyos y fijándose apenas en los objetos, casi como toro picado de tábano. Los hortelanos que lo vieron pasar tal vez lo tuvieron por loco.

Cansado ya de caminar, sin propósito se sentó al pie de una cruz de piedra, junto a las ruinas de un antiguo convento de san Francisco, que dista más de tres kilómetros del lugar y allí se hundió en nuevas meditaciones, pero tan confusas que ni él mismo se daba cuenta de lo que pensaba...

Vamos a dejar al pie de esta cruz al seminarista porque ya se está escondiendo el sol... Recréese el lector con la descripción hecha por Valera de nuestro atardecer de un veinticuatro de junio del siglo XIX:

“... El sol acababa de ocultarse detrás de los picos gigantescos de las sierras cercanas, haciendo que las pirámides, agujas y rotos obeliscos de la cumbre se destacasen sobre un fondo de púrpura y topacio, que tal parecía el cielo, dorado por el sol poniente. Las sombras empezaban a extenderse sobre la vega, y en los montes opuestos a los montes por donde el sol se ocultaba relucían las peñas más erguidas, como si fueran de oro o de cristal hecho ascua.

Los vidrios de las ventanas y los blancos muros del remoto santuario de la Virgen, patrona del lugar, que está en lo más alto de un cerro, así como otro pequeño templo o ermita que hay en otro cerro más cercano, que llaman el Calvario, resplandecían aún como dos faros salvadores, heridos por los postreros rayos oblicuos del sol moribundo...

Luis de Vargas se levanta de su ensimismamiento y se echa a andar. Viene lentamente rumiando sus metafísicas y da un rodeo, quizás esté dudando en acudir a la cita con Pepita. El seminarista pasa por la senda de El Caz, cercana ya al pueblo, así lo redacta literalmente Juan Valera:

“... don Luis apresuró el paso a fin de no llegar muy tarde y pronto se encontró en la población.

El lugar estaba animadísimo. Las mozas solteras venían a la fuente del Ejido a lavarse la cara para que fuese fiel el novio a la que lo tenía, y para que a la que no tenía le saltase novio.

Mujeres y chiquillos por acá y por allá volvían a coger verbena, ramos de romero u otras plantas para hacer sahumeros mágicos. Las guitarras sonaban

por varias partes. Los coloquios de amor y las parejas dichosas y apasionadas se oían y se veían a cada momento. La noche y la mañanita de san Juan, aunque fiesta católica, conservan no sé qué resabios del paganismo y naturalismos antiguos. Tal vez sea por la coincidencia aproximada de esta fiesta con el solsticio de verano. Ello es que todo era profano y no religioso. Todo era amor y galanteo. En nuestros viejos romances y leyendas siempre roba el moro a la linda infantina cristiana, y siempre el caballero cristiano logra su anhelo con la princesa mora, en la noche o en la mañanita de san Juan y en el pueblo se diría, que conservan la tradición de los viejos romances...”

¿Qué tendríamos que decir nosotros, hombres del tercer milenio acerca de esta descripción? ¿Qué hemos hecho con nuestras tradiciones? ¿Qué sustitución pusimos en este hueco?... Pero dejemos que siga don Juan Valera contándonos...

“... Las calles estaban llenas de gente. Todo el pueblo estaba en las calles y, además los forasteros. Hacían asimismo muy difícil el tránsito la multitud de mesillas de turrón, arropías y tostones, los puestos de fruta, las tiendas de muñecos y juguetes y las buñolerías, donde gitanas jóvenes y viejas ya freían la masa infestando el aire con el olor del aceite, ya pasaban y servían los buñuelos, ya respondían con donaire a los piropos de los galanes que pasaban, ya decían la buenaventura...”

* * *

A continuación se van a secuenciar, a modo de trailer, unas estampas egabrenses, unos clichés sobre nuestro pueblo pertenecientes al siglo XIX y que don Juan Valera recogió, describió a la perfección y entremetió en su mundillo literario.

Comencemos por esta en la que se refiere a los habitantes de Cabra:

“... Aquí, como en todas partes, la gente es muy aficionada al dinero. Y digo mal como en todas partes; en las ciudades populosas, en los grandes centros de civilización, hay otras distinciones que se ambicionan tanto o más que el dinero; pero en los pueblos pequeños donde ni la gloria literaria o

científica suele estimarse ni comprenderse, no hay otros grados que marquen la jerarquía social sino el tener más o menos dinero o cosa que lo valga...”

Comprobamos ahora cómo Valera sabe plasmar ese escepticismo egabrense de que tanto se ha hablado y la poca profundidad religiosa de la que la gente de Cabra ha sido acusada desde siempre por los pueblos circunvecinos:

“...Confieso, con todo, que las bromas y fiestas de aquí, que los chistes groseros y el regocijo estruendoso, me cansan. Pero a menudo me doy a pensar que tal vez sería más difícil empresa el moralizar y evangelizar un poco a estas gentes, y más lógica y meritoria que el irse a la India, a la Persia o la China, dejándose atrás a tanto compatriota, si no perdido, algo o mucho pervertido...”

El carácter lúdico de Cabra y el talante festivo se ven aquí reflejados:

“El Casino no es aquí mera diversión nocturna, sino de todas las horas del día. Desde las once de la mañana está lleno de gente que charla, que lee por encima algún periódico para saber las noticias y que juega al tresillo. Personas hay que se pasan diez o doce horas al día jugando a dicho juego. En fin, hay aquí una holganza tan encantadora, que más no puede ser. Las diversiones son muchas, a fin de entretener dicha holganza. Además del tresillo, se arma la timbiramba con frecuencia y se juega al monte. Las damas, el dominó y el ajedrez no se descuidan. Y, por último, hay una pasión decidida por las riñas de gallos...”

Ahora se nos habla de las fiestas de recolección, de las ferias y las romerías. Que el lector juzgue y compare con lo que en la actualidad acontece:

“... en ocasiones extraordinarias hay otras faenas y diversiones que dan a todo más animación, como en tiempo de la siega, de la vendimia, y de la recolección de la aceituna; o bien cuando hay feria y toros, o bien cuando hay romería al santuario de alguna milagrosa imagen de María Santísima, adonde, si acuden no pocos por curiosidad y por divertirse y feriar a sus amigas cupidos y escapularios, más son los que acuden por devoción y en cumplimiento de voto o promesa. Hay santuario de estos que está en la cumbre de una

elevadísima sierra, y con todo no faltan aun mujeres delicadas que suben allí con los pies descalzos, hiriéndose con abrojos, espinas y piedras, por el pendiente y mal trazado sendero...”

En las secuencias que siguen, se nos esbozan algunos rasgos gastronómicos egabrenses:

“... Doña Casilda es de una locuacidad abominable, y tuvimos que oírla. Nos dijo cuanto hay que saber de chismes del pueblo, y nos habló de todas sus habilidades, y nos explicó el modo de hacer salchichas, morcillas de sesos, hojaldres, y otros mil guisos y regalos...”

De forma muy detallada se nos perfilan las fiestas de las cruces de mayo y de cómo se solían adornar éstas:

“... Ayer fue el día de la cruz y estuvo el lugar muy animado. En cada calle hubo seis o siete cruces de mayo llenas de flores, si bien ninguna tan bella como la que puso Pepita en la puerta de su casa. Era un mar de flores el que engalanaba la cruz.

Por la noche tuvimos fiesta en la casa de Pepita. La cruz que había estado en la calle se colocó en una gran sala baja, donde hay piano, y nos dio Pepita un espectáculo sencillo y poético, que yo había visto cuando niño, aunque no lo recordaba.

De la cabeza de la cruz pendían siete listones o cintas anchas, dos blancas, dos verdes, y tres encarnadas, que son los colores simbólicos de las virtudes teologales. Siete niños de cinco o seis años, representando a los siete sacramentos, asidos a las siete cintas que pendían de la cruz, bailaron a modo de una contradanza muy bien ensayada. El bautismo era un niño vestido de catecúmeno, con su túnica blanca; el Orden, otro niño de sacerdote; la Confirmación un obispito; la Extremaunción, un peregrino con bordón y esclavina llena de conchas; el matrimonio un novio y una novia; y un nazareno con cruz y corona de espinas, la Penitencia...”

Paseemos por el ambiente de la calle, después de una noche de feria, y a las tantas de la madrugada:

“... las luces de las tiendas y puestos de la feria se habían apagado, y la gente se retiraba a dormir, salvo los amos de las tiendas de juguetes y otros pobres buhoneros, que dormían al sereno al lado de su mercancía.

En algunas rejas seguían aún varios mozos, pertinaces e incansables, pelando la pava con sus novias...”

Asistiremos ahora a una fiesta particular y degustaremos nuevos productos gastronómicos:

“... Hubo hojuelas, pestiños, gajorros, rosquillas, mostachones, bizcotelas y mucho vino para la gente menuda. El señorío se regaló de almíbares, chocolate, miel de azahar y miel de prima, y varios rosolis y mistelas aromáticas y refinadísimas...”

¿Qué tendríamos que decir de esta costumbre cabreña de la cencerrada a los viudos que volvían a casarse de nuevo? En Cabra, entre otras, se hizo celeberrima la “cencerrá” dada a la Vizcondesa de Termens. Veamos lo que don Juan Valera relata al respecto, en la boda de su viuda “Pepita Jiménez”:

“... Aunque en el lugar es uso y costumbre, jamás interrumpida, dar una terrible cencerrada a todo viudo o viuda que contrae segundas nupcias, no dejándolos tranquilos con el resonar de los cencerros en la primera noche del consorcio, Pepita era tan simpática, y don Pedro tan venerado, y don Luis tan querido, que no hubo cencerros ni el menor conato de que resonasen aquella noche; caso raro que se registra como tal en los anales del pueblo...”

Podríamos seguir estampando escenas, personajes, gastronomía, semana santa, fiestas... de la obra de don Juan Valera, “Pepita Jiménez” en la que se retrató este pueblo.

Concluiremos con la maravillosa descripción fotográfica que Realizó Valera de la Virgen de la Soledad en otra de sus novelas. “Juanita la Larga”:

“... Pero la procesión más solemne y conmovedora es la que se verifica el Sábado Santo desde las nueve de la mañana hasta el mediodía. En ella sale únicamente la imagen de María Santísima de la Soledad, que es como el paladín de la villa...”

... aquella imagen es una obra maestra del arte cristiano de la época de su mayor florecimiento en España. Es cierto que se puede decir que el escultor no hizo más que la cabeza y las manos; el pensamiento puro y celestial y el medio por cuya virtud puede convertirse en acción el pensamiento. Pero en aquellas manos y aquel rostro son de admirar la belleza. Aquel rostro parece divino, combinándose en él la expresión del dolor más profundo y la humilde conformidad con la voluntad del Altísimo. Los ojos de la Virgen son hermosos y dulces; el llanto los enmudece en las mejillas. En la imagen no se advierte forma ni dibujo de cuerpo de mujer. Todo está cubierto de un riquísimo manto extenso de terciopelo bordado de oro.

El artista, al representar el eterno femenino, la fusión en el dolor de las dos excelencias de la mujer como Virgen y madre, quiso prestar forma visible al espíritu...” (1)

¹ Estudio de recopilación de las obras de Juan Valera y Alcalá Galiano, “Pepita Jiménez”, “Juanita la Larga” y “Epistolario”. El presente documento es un extracto de diversos artículos de la serie “Cabra en la Literatura”, original de Antonio Roldán García. Serie publicada por el mencionado autor en el decenario “EL Popular” núm. 168 hasta 182. Cabra, años 1992- 1993.